

Thomas Piketty

Tomando en serio a los BRICS

Blog del autor, 14 de noviembre de 2023.

La guerra en Gaza amenaza con ampliar la brecha entre el Norte y el Sur. Para muchos países del Sur, y no sólo en el mundo musulmán, las miles de muertes de civiles causadas por los bombardeos israelíes en el enclave palestino, 20 años después de las decenas de miles de muertes causadas por Estados Unidos en Irak, encarnarán sin duda la los dobles raseros de Occidente durante mucho tiempo.

Todo esto tiene lugar en un contexto en el que la principal alianza de los llamados países emergentes, los BRICS, acaba de verse fortalecida en su cumbre de Johannesburgo hace unos meses. Creados inicialmente en 2009, los BRICS están compuestos por cinco países desde 2011: Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica.

Expresado en términos de paridad de poder adquisitivo, el PIB combinado de estos cinco países superará los 40 billones de euros en 2022, frente a sólo 30 billones de euros para los países del G7 (Estados Unidos, Canadá, Japón, Alemania, Francia, Reino Unido e Italia). y 120.000 millones de euros a escala global (una media de poco más de 1.000 euros al mes para los 8.000 millones de habitantes del mundo). Por supuesto, las diferencias en la renta nacional media per cápita siguen siendo considerables: casi 3.000 euros al mes en el G7, menos de 1.000 euros al mes en los BRICS y menos de 200 euros al mes en el África subsahariana, según los últimos datos del Laboratorio de Desigualdad Mundial.

En pocas palabras, los BRICS se presentan al mundo como la clase media del planeta: aquellos que, a través de su duro trabajo, han logrado mejorar su condición y que no tienen intención de quedarse ahí.

En 2014, los BRICS crearon su propio banco de desarrollo. Con sede en Shanghai, sigue siendo de tamaño modesto, pero podría competir con las instituciones de Bretton Woods (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial) en el futuro si no reforman radicalmente sus sistemas de derechos de voto para dar mayor protagonismo a los países del Sur.

En la cumbre de Johannesburgo de agosto, los BRICS decidieron dar la bienvenida a seis nuevos miembros (Arabia Saudita, Argentina, Egipto, Emiratos Árabes Unidos, Etiopía e Irán) a partir del 1 de enero de 2024, supuestamente elegidos entre unos 40 países candidatos.

Seamos realistas: es hora de que los países occidentales superen su arrogancia y tomen en serio a los BRICS. Es fácil señalar las muchas inconsistencias y contradicciones dentro de lo que sigue siendo un club en gran medida informal. El modelo político de China se parece cada vez más a una dictadura digital perfecta, y nadie lo quiere más que la cleptocracia militar de Rusia. Al menos eso garantiza al resto de dirigentes que el club no se meterá en sus negocios.

Los BRICS también incluyen algunas democracias electorales de larga data, que ciertamente están experimentando dificultades, pero no necesariamente más graves que las observadas en Occidente. India tiene más votantes que todos los países occidentales juntos. La participación fue del 67% en las últimas elecciones generales de 2019, en comparación con solo el 48% en Francia en 2022, donde ha habido una fuerte caída (sin precedentes en dos siglos) en la participación de las comunas más pobres en relación

con las más ricas. La democracia estadounidense también ha mostrado todas sus fragilidades en las últimas décadas, desde Guantánamo hasta el asalto al Capitolio, e incluso ha tendido a dar un mal ejemplo a los trumpistas de Brasil.

¿Qué pueden hacer los países occidentales para restaurar su credibilidad en el Sur y reducir las divisiones globales? En primer lugar, deben dejar de dar lecciones de justicia y democracia al mundo entero, aunque a menudo estén dispuestos a pactar con los peores déspotas y las fortunas más dudosas, siempre que puedan ganar suficiente dinero con ello. En términos más generales, los países occidentales necesitan formular propuestas concretas para demostrar que finalmente están decididos a compartir el poder y la riqueza. Esto requiere cambios de gran alcance en el sistema político y económico global, ya sea en términos de la gobernanza de las organizaciones internacionales, el sistema financiero o el sistema tributario.

En términos concretos, debemos dejar claro que el objetivo es un impuesto mínimo para los actores más prósperos del planeta (multinacionales, multimillonarios), con una redistribución de los ingresos entre todos los países, según su población y su exposición al cambio climático.

Esto no es en absoluto lo que se ha hecho hasta ahora: la imposición mínima afecta sólo a un pequeño número de multinacionales; su tipo es demasiado bajo y fácil de eludir; y, sobre todo, los beneficios benefician casi exclusivamente a los grandes países del Norte. El objetivo clave debe ser redistribuir los ingresos según las necesidades de cada país, y no según las bases impositivas existentes. Muchos países del Sur son extremadamente pobres, particularmente en África, y enfrentan dificultades tan graves para administrar sus escuelas, clínicas y hospitales gratuitos que un sistema de ese tipo supondría una enorme diferencia, incluso si se aplicara sólo a una pequeña fracción de los ingresos recopilados de las multinacionales y multimillonarios del mundo.

En *El Ministerio del Futuro*, el autor estadounidense Kim Stanley Robinson imagina un mundo en el que la transformación del sistema económico sólo se producirá después de grandes desastres climáticos: una ola de calor que causa millones de muertes en la India y un ecoterrorismo vengativo del Sur que derriba a empresas privadas, aviones y buques portacontenedores que se hunden, todo ello con el apoyo encubierto de una agencia de la ONU desesperada por la inacción del Norte.

Esperemos que la competencia de los BRICS anime a los países ricos a comprender la magnitud de los desafíos y compartir la riqueza antes de que llegue el momento.